

El piso

Toni Cifuentes

Diego no llevaba las cuentas de casa. Era Silvia, su mujer, contable desde hacía doce años en AEFN, la empresa familiar de fontanería y materiales de construcción. Silvia entendía de números, aunque en realidad no hacía falta saber demasiado para darse cuenta de que las cuentas no cuadraban. Diego prefería no pensar. Él era un hombre pragmático: dejaba esos asuntos a su mujer.

Pero a la hora de la verdad, cuando el problema afloraba (y últimamente estaba haciéndolo de forma habitual), Diego demostraba una inseguridad rayana en el absurdo. Silvia era una persona más madura y realista. Cuando llegaban los mensajes del banco y las cuentas estaban en rojo, Silvia le insistía.

Estaban a final de mes, pasaban las nueve de la noche y Silvia ya estaba sentada en la mesa de la cocina cuando Diego llegó a casa. Junto a los cubiertos, vio la calculadora, el bloc y la carpeta

de gomillas con una pegatina en la que podía leerse «Economía familiar».

—Hola, cariño —dijo Diego a su esposa—. ¿No podrías esperar a que al menos termináramos de cenar?

En la voz de Diego, aunque animada, se percibía cierta resignación.

—Es un poco tarde, la comida se está enfriando.

—Perdona. El tráfico, ya sabes... El tráfico a veces se pone imposible. Creo que ha habido un accidente de moto o algo. Saldrá en las noticias. O a lo mejor no.

Ella le clavó los ojos, rasgados y azules, cuyo iris se degradaba desde el azul intenso hasta el blanco como un mediodía soleado de verano.

—Venga, termina ya.

Diego colgó la chaqueta en el respaldo de la silla, se arregó y fue hasta el fregadero.

—Por lo menos, déjame que me lave las manos. Pulcritud ante todo. Siempre hay que estar limpio a la hora de comer.

Cerró el grifo y se sentó, frotándose las manos todavía húmedas. Cogió una servilleta y se la remitió por el cuello de la camisa.

—Sopa —dijo—. De pollo, ¿no?

Ella le seguía mirando. Tenía una mano sobre la carpeta de gomillas.

En silencio, comieron un poco. Silvia tenía el bolígrafo en la oreja, casi oculto por su pelo largo y castaño. Diego se dio cuenta justo en el momento en que ella elevaba la mano y lo cogía. La observó abrir la carpeta, ponerla a un lado y extraer un montón

de facturas. Las dispuso entre su plato y el de ella, al lado de la ensalada, y las señaló con el boli.

–Terminarás manchándolo todo.

Ella torció el gesto. Arrugó la nariz y apretó las cejas.

–¿De verdad te importa?

–Claro –respondió él. Pinchó una lechuga del borde justo donde la factura de la luz entrometía un pico.

–A mí lo que me preocupa es que otro mes tengamos que sacar de la cuenta de ahorros.

–Ya.

–¿Ya qué?

–Pero hay gente que está peor, ¿no? Mucho peor que nosotros. Eso es lo que tendríamos que pensar. Seríamos mucho más felices con ese espíritu. Te lo digo en serio, cariño.

–¿Felices, pensando que hay otras personas peor que nosotros?

Él se atragantó.

–Bueno, no. –Diego carraspeó y se limpió la boca con la servilleta que colgaba de su cuello–. Pero trabajamos los dos. No me refiero a eso, por supuesto. Quiero decir que no estamos tan mal. No hay que sacar las cosas de quicio, ¿eh? Tenemos recursos.

Silvia le señaló con el bolígrafo.

–No se te ocurra pensar en mi padre –le dijo–. En esto estamos tú y yo solos. Y si no llegamos a final de mes, no llegamos. Y cuando en la cuenta de ahorros no quede ni un céntimo, lo que va a pasar es que...

–Yo no pienso en tu padre –la interrumpió–. Siempre dices lo mismo. No pienso en él. Pienso en las personas que no tienen

dinero, como... como en Samara, claro. Samara sí que no tiene ni un céntimo.

—Como Samara —repitió Silvia hierática—. Me alegro de que esta vez hayas sacado tú el tema.

—Claro. Ése es el tema, ¿no? ¿Cómo no iba a sacar el tema? —Diego se comió un bastoncillo de zanahoria—. Estabas deseándolo. Nada más entrar por esa puerta y te he visto ahí sentada con todo esto encima, ya sabía cuál era el tema esta noche. Es que... claro, el tema es Samara. No paga el alquiler, sí. Eso ya lo sé. —Diego se comió un tomate—. Es una pobre mujer sin trabajo, divorciada y con un niño retrasado mental y paralítico. Menuda ladrona.

—Te estás poniendo agresivo.

—No, cariño, no. —Diego tomó una cucharada de sopa. Un poco se le deslizó por la barbilla y se limpió con la servilleta—. No, no. —Él dejó caer los brazos. Se rascó la frente y le dijo a Silvia—: Me ha dicho que lo intentará este mes. Está haciendo todo lo posible. A ella tampoco le gusta esta situación. Lo siente de verdad. Está... está buscando trabajo, cariño.

—¿Cuándo has estado hablando con ella? —le preguntó Silvia mordisqueando el tapón del bolígrafo.

—Sí, claro... —dijo Diego y se limpió la boca otra vez—. Bueno. —Deslizó la silla más cerca de la mesa y apoyó los codos a cada lado de su plato, entrelazando los dedos bajo la barbilla—. He estado hoy en su casa, ¿sabes? Por eso he llegado un poco tarde.

—No entiendo por qué me tendrías que mentir.

Él se ajustó la servilleta al cuello y tomó la cuchara.

—Es que sabía que hoy íbamos a hablar del asunto.

—Del asunto —repitió Silvia, asintiendo lentamente. Le clavaba la mirada como si fueran dardos venenosos.

—No quería que te enfadaras, Silvi. He intentado hablar con ella, pero...

—¿Qué te ha dicho? Hace seis meses que esa tía no paga el alquiler. El primer mes te dije que hablaras con ella y que la echaras. ¿Qué te ha dicho?

Diego sorbió un poco de sopa.

—He hablado con ella, pero no la llares “tía”. Suena horrible, ¿sabes?

—Hago lo que me da la gana. Es mi casa y esa tía está viviendo gratis en mi casa.

—Se puso a llorar. —Diego tomó otro poco de sopa y volvió a secarse con la servilleta—. ¿Qué iba a hacer, cariño? Y he ido todas las veces que me has dicho. Y más veces. Hoy se ha puesto a llorar otra vez. Casi no puede pagar las medicinas de su hijo. Tiene la nevera vacía. Me la ha enseñado. Tenía un yogur y las medicinas del crío y un puñado de verduras podridas. Se dedica a rebuscar en contenedores de basura. ¿Sabes lo que es eso? No tiene a dónde ir. El niño tiene los dientes... —Diego dejó la cuchara y se señaló la boca. Se cogió el labio superior y tiró de él—. Está a punto de salirle un diente por encima del labio. —Diego se señaló la encía; Silvia le miraba dando pequeños golpecitos con la base del bolígrafo al borde de su plato—. Por aquí. Más o menos por aquí le está saliendo un diente. Le atraviesa la carne. El pobre chaval se pasa el día babeando. Casi no puede ni hablar, parece un pasmarote o algo y le da de comer papilla y pollo hervido y yo qué sé qué más, Silvia. Se me cae el alma a los pies cada vez que lo veo.

—Como siempre, has ido para nada.

—¿Me has escuchado? Si no le da la medicación, al chico le dan ataques epilépticos. Se convulsiona. —Diego alzó los brazos e hizo algunos movimientos. Sacó la lengua y puso los ojos en blanco—. Es horrible. Tiene la mano, la tiene así, encogida como si fuera una garra. No tiene familia. Esa mujer está sola, ¿sabes? Es una pobre desgraciada.

—¿Nos va a pagar o qué?

Diego se cruzó de brazos. Apretó los dientes e intentó sostener la mirada de su mujer, pero no pudo.

—He tenido que ir yo —dijo—. Tú nunca vas. Siempre soy yo el que tiene que comerse el marrón.

—Mañana mismo voy a ir yo. ¿Se trata de eso, de que vaya yo? ¡Esto es increíble! —Silvia no sabía qué hacer con las manos: las apretaba, las ponía sobre el mantel, las retorció, apretaba el bolígrafo como si quisiera partirlo en dos. Señaló a su marido y dijo—: Eres tú el que no me deja ir porque sabes que si yo voy la saco de los pelos y tiro al niño rodando por las escaleras.

Diego la miró desconcertado.

—¿Estás loca? ¿Es que no tienes sentimientos o qué?

—¡Es nuestra casa y es nuestro dinero! —Silvia estaba muy alterada, pero de repente se relajó. Se quitó los mechones de la cara y tomó un poco de sopa—. Es nuestra casa —añadió, más tranquila—. Vive en nuestra casa. Pagamos la hipoteca y, además, el alquiler de este otro piso. ¡Doble gasto, ¿te enteras de una puñetera vez?! —le gritó. Silvia agarró un puñado de facturas de la carpeta abierta y otras que había sobre la mesa—. ¡Mira! —le chilló de nuevo—. ¿Las quieres? ¡Tómalas todas! ¡Cómetelas!

Ella escondió la cara entre las manos. Diego pensó que iba a ponerse a llorar, pero entonces se sacudió el pelo y enderezó

la espalda. Apoyó con parsimonia las manos a ambos lados de su plato.

—Este mes tenemos que pagar el IBI —dijo— y el seguro de los dos coches, además de la luz y el gas de los dos pisos. Y todavía no hemos pagado el aparcamiento y la letra de esa tele gigante que te empeñaste en comprar.

—Mira, lo primero es que... ¿Qué haces? —Silvia estaba haciendo bolas con las facturas y luego se las lanzaba a la cabeza—. Para, por favor.

—Es que parece que no te enteras. Llévale las facturas. Enséñaselas. Dile que todo el mundo tiene problemas. Si no lo haces, lo haré yo. Te lo juro por Esparky.

Esparky había sido un Gran Danés que adoptaron al poco de mudarse al nuevo piso. Tres meses atrás, mientras Diego lo sacaba a pasear, el animal tiró muy fuerte de la correa y se le escapó. Lo siguiente que sucedió fue que escuchó el chirrido de unas ruedas. Cuando llegó, Esparky estaba decapitado en medio del paso de cebra. Las tripas se le derramaban por una enorme raja abierta en el abdomen. Tenía las costillas aplastadas. La cabeza había caído sobre el capó de un Panda color verde pistacho. Diego creía que Silvia no se lo perdonaría nunca. A veces pensaba que aquello había supuesto el final de su relación.

—No tendríamos que haber cambiado de piso —dijo Diego—. Antes vivíamos muy bien. El barrio no estaba tan mal. Había tiendas por todos lados y... y estaba ese parque tan bonito.

—Estábamos hartos de ese barrio. Tú dijiste que nos mudaríamos y alquiláramos éste.

—Lo hice por ti, Silvia.

—¿Por mí?

—Estabas todo el día quejándote. Lo veía en tu cara. Llegabas a casa cabizbaja... No eras feliz. Para nada lo eras. No estabas contenta, no.

—¿Yo?

—Fuiste tú quien dijo que el alquiler pagaría la hipoteca y que sólo tendríamos que pagar un poco más por este piso más grande. Yo también me hice ilusiones, ¿sabes? Pero mira cómo estamos ahora, discutiendo y peleando todo el día por el dinero.

—Si esa tía pagara, todo sería perfecto y no te estaría gritando.

Diego suspiró. Cogió una factura que había caído en su plato. La estiró e intentó secarla con su servilleta. Silvia no parpadeaba. Tenía la boca abierta y los puños apretados sobre el mantel. Tenía los ojos fijos, llorosos incrustados en su cara. Diego se frotó las mejillas con ambas manos. Era un hombre tranquilo y no entendía por qué les estaba pasando todo aquello. Silvia tenía las mejillas sonrojadas y algunos mechones le colgaban frente a la cara. Diego la contempló como a una especie de estatua carente de vida.

—Mañana es sábado —le dijo ella— y vas a ir a verla otra vez y le vas a decir que si no te paga la vas a echar de nuestro piso. Aunque tenga que ir la policía. ¿Estás escuchando lo que te estoy diciendo?

—Silvia, no me hables así, por favor.

—¿Cómo quieres que te hable? ¿Quieres que te hable como a un bebé que todavía se hace caca encima?

—¿Qué dices?

Silvia dio un golpe en la mesa.

—Nos debe más de tres mil euros, ¿te enteras?

Diego respiró hondo. Se mordió el interior de la mejilla y luego tomó otro poco de sopa, que ya estaba fría.

—Tenemos algo de dinero en la cuenta. Podemos aguantar un poco más. Por favor, Silvia.

Alargó una mano como pidiéndole que la sujetara, en son de paz. Pero no lo hizo. Entonces Diego la bajó.

—¿Pero es que no te puedes poner en la piel de una mujer así? —le preguntó—. Con lo mal que está todo, con la crisis y todo eso. Cada vez que hablo con ella se me cae el alma a los pies. Sí, eso es lo que me pasa, Silvi, se me cae el alma a los pies.

—Deja de decir eso y no la defiendas.

—No la defiendo.

—Vale, vale —dijo ella, levantando las manos—. Nos quedan menos de cien euros en la cuenta. Si no nos paga, el mes que viene no sé cómo nos la vamos a apañar. Eso lo entiendes, ¿no? ¿Quieres que nos corten la luz? ¿Quieres que nos veamos tirados en la calle por no pagar el alquiler mientras esa vive gratis en nuestra casa?

—No, no, no, no. No seas tan exagerada. Eso no va a pasar de ninguna de las maneras.

—¿Eso crees?

—Sí. Claro que sí.

Entonces Silvia se levantó. Diego la vio tomar el plato y dejarlo caer en el fregadero. Regresó, tomó el plato de Diego y también el de ensalada en el que Diego estaba a punto de clavar su tenedor. Tiró la ensalada a la basura y luego limpió un poco con un trapo y retiró el mantel sin importarle que la carpeta, las facturas y el bloc estuvieran encima y se cayeran al suelo. Dejó los vasos dentro del fregadero y se quedó parada de espaldas a él con las dos manos apoyadas en la encimera, una de ellas todavía con el bolígrafo rojo agarrado.

–Lo podría haber recogido yo, cariño –dijo Diego.

Ella se volvió.

–Recoge lo que hay por el suelo, imbécil.

–No te pongas así, anda. Ven un momento. Ven, anda. Dame un beso.

Al pasar por su lado, Diego estiró una mano hacia ella y Silvia se la quitó de encima con un manotazo.

–Vete a la mierda, gilipollas.

Diego chasqueó la lengua y dejó caer los brazos.

Una hora después, Silvia estaba metida en la cama con la luz apagada. Él estaba sentado frente al televisor con un bol de cereales. Veía un programa sobre asesinatos, uno en que un tipo había matado a su esposa en un pueblo de Bristol. Le había clavado un destornillador en el oído izquierdo. Luego la había troceado con un hacha de cocina y la había enterrado por todo el terreno que rodeaba la casa. El hombre había confesado porque al cabo de unos días había comenzado a ver pies, dedos, bocas, orejas y vaginas emergiendo bajo la tierra. Decía que tenía que recogerlas cada noche pero que al amanecer volvían a crecer otra vez. Diego veía el programa de sucesos, pero también pensaba en la carpeta con «Economía familiar» escrito a boli rojo y en las facturas todavía repartidas por el suelo de la cocina. Pensaba en todo lo que Silvia le había dicho y en lo enfadada que estaba.

Dejó los cereales, fue a la cocina y recogió las facturas, la carpeta y el bloc. Lo acumuló todo sobre la mesa, ordenó las facturas y se quedó mirándolas. La luz de la lámpara empezó a parpadear. Le dio un golpecito a la bombilla, pero terminó apagándose.

–Mierda –dijo Diego–. Mierda.

Sabía que Silvia todavía no estaba dormida. Aunque tuviera la luz apagada y las piernas encogidas, la mano izquierda bajo la mejilla encima de la almohada y la otra fuera de la sábana sobre su costado. Cuando Esparky estaba vivo, se dormía cerca del borde y dejaba caer la mano sobre el perro. Se dormía acariciándole.

Diego intentó hacer el menor ruido posible. Apagó la luz y, al cabo de unos minutos, dijo:

—Oye, ¿sabes?, mañana iré a verla. Te haré caso, cariño. Se lo diré. Me dará mucha pena hacerlo, pero hablaré con ella. ¿Me oyes? Le diré eso, sí, que nosotros también tenemos que pagar cosas, claro, que la vida a veces no es tan fácil. A lo mejor puede ir a un sitio de esos de acogida. De hecho, ya lo hace. Además de rebuscar en los contenedores, va a comedores sociales. Me lo dijo un día. Y si no puede cuidar a su hijo, pues entonces lo puede llevar a algún internado. No tiene que pagar por eso, ¿no? Quiero decir que si una mujer no puede cuidar de su hijo, o sea, si no tiene dinero para medicinas y todo eso, entonces el Estado tiene que hacerse cargo, ¿no? Supongo que podrá verle. A lo mejor, a lo mejor tienen algún horario para que pueda ir a verle todos los días.

Diego respiró hondo, se rascó la nariz y luego colocó las dos manos bajo la nuca. Miraba el techo, la luz que se filtraba desde la calle a través de la persiana medio bajada. La calle permanecía en silencio hasta que una moto pasó a toda velocidad.

—No sé por qué permiten que las motos hagan tanto ruido. Despiertan a todo el barrio.—Y añadió—: Supongo que solamente tendrá que encontrar un trabajo. Mientras tanto, pues no sé, ella podrá vivir en algún sitio, en algún albergue de esos. Claro que si no encuentra nada, tendrá... entonces tendrá que hacerlo en la

calle. ¿Te das cuenta? Estaba pensando que cuando uno duerme en el campo, a eso se le llama acampada. Todo es bonito y divertido. Pero si lo hace en la calle, entonces ya no es tan bueno.

Diego se dio cuenta de que Silvia estaba llorando. Oía su respiración entrecortada. Se sorbía los mocos y dejaba escapar pequeños gimoteos. Él se echó a un lado y le pasó una mano por encima, pero ella la retiró.

—Déjame.

—¿Qué te pasa? ¿No te he dicho que mañana iré a echarla?

Ella se giró hacia él. Aun a pesar de la poca luz, la vio pasarse una mano por las mejillas y frotarse los ojos empapados en lágrimas.

—¿Te doy un pañuelo? —le preguntó Diego.

Encendió la luz y ella le dijo que la apagara. Abrió el cajón de su cómoda, cogió la caja de pañuelos y apagó la luz. Le tendió unos cuantos, que ella casi le arrancó de entre los dedos. Silvia se sonó sin dejar de llorar.

—Acaso —le dijo—, acaso te crees que a mí no me duele, ¿eh?

—¿El qué, cariño?

Silvia hipaba.

—¿Tú te crees que a mí, que a mí no me importa echar a una persona sin recursos, eh, de su casa?

—Ya, ya sé. Aunque en realidad no es su casa, ¿sabes?

—Yo también soy una persona y tengo sentimientos, pero primero, primero miro por nosotros. —Se sonó y dijo—: Si tuviéramos un montón de dinero, si fuéramos ricos o algo, me daría más igual, pero no es así. Aunque... aunque trabajamos los dos, no llegamos a final de mes. ¿Es que no lo sabes? Y no conozco

a esa persona. ¿Quién es? ¿Por qué tengo que preocuparme más por ella que por nosotros?

–Se llama Samara.

–¡Ya lo sé, idiota de mierda!

–Ya, ya. Tranquilízate.

–¡No me toques! ¿Por qué la defiendes tanto?

–Tiene un hijo en silla de ruedas, Silvia. Está enfermo. Es que no sé... ¿Qué quieres que te diga? Te he dicho que mañana iré a echarla.

–Y me lo echas en cara como si yo fuera una sádica, ¿no? Iré a echarla –repetió, poniendo una voz grave intentando imitarle pero de una forma algo patética–. Iré a echarla. Iré a echarla. Iré a echarla. Yo no quiero que la eches. ¿Te enteras? Quiero que nos pague, que nos pague. Pero si no puede pagar...

–Ya lo sé –dijo Diego–. No quería hacerte sentir mal.

–¡Quita!

–Vale, vale. Ya está. Mañana iré. –Diego se retiró a su lado de la cama. Permaneció inmóvil como una piedra en medio de un valle reseco–. Le diré que nos pague y todo eso. Duérmete, por favor. Ya está todo resuelto. –Silvia lloraba–. No te pongas así, Silvi. Ya verás, yo me encargaré de todo.

Escuchó cómo lloraba durante un rato más. Entonces dejó de hacerlo y Diego esperó. Observó cómo la luz de los coches que cruzaban la calle estiraba las sombras de la habitación. Entonces se tumbó de lado. En la oscuridad, acarició la mejilla de Silvia: la notó caliente y todavía húmeda. Le acarició el pelo, la nariz, los labios. La besó en la frente y, al cabo de media hora, él también se durmió.

Al día siguiente, Diego fue hasta su casa, la que tenía alquilada, y una vez en el comedor, después de que Samara le invitara a tomar un café, se dio cuenta de que el chico estaba “aparcado”, como siempre, entre la pequeña estantería y el sofá y les estaba mirando.

—¿Puedes —le pidió Diego—, puedes sacarlo un momento del comedor?

El chico se limitaba a parpadear y a soltar baba. Tenía la cabeza ladeada, con la barbilla caída sobre el hombro derecho y las manos retorcidas, una de ellas sobre el regazo. Tenía las piernas muy delgadas y los pies muy pequeños, como de juguete.

—Ya lo hemos hecho otras veces así —le dijo Samara.

Luego ella se agachó y empezó a desabrocharle la hebilla del cinturón. Luego hizo lo propio con el botón. Le bajó la cremallera y entremetió la mano. Los pantalones se deslizaron por sus pantorrillas y para cuando le llegaron a los tobillos, ella ya tenía su pene metido en la boca.

Mientras Diego se abrochaba, Samara le dijo que no entendía por qué había ido dos días seguidos. Le preguntó:

—¿Es que eres un vicioso?

En el fondo, él creía que le gustaba. Estaba casi seguro. En realidad, ella había sido la que le había ofrecido sexo a cambio de no pagarle el alquiler. Pedía dinero en la calle, vendía pañuelos de papel en los semáforos, iba a los contenedores de los supermercados a recoger fruta y verduras podridas, yogures que caducaban al día siguiente, pan, y todo lo que encontrara. Cuando no pagó el primer mes, fue ella quien se lo contó a Diego. Y después de que hablaran durante un rato, le dijo:

—No tengo dinero, pero puedo dejar que me hagas lo que quieras. Puedes venir una o dos veces por semana y puedes darme por el culo. ¿Qué te parece?

Diego no supo qué decir. Entonces Samara se subió la falda, se bajó las bragas y se tumbó de cara sobre la mesa del comedor, que era una mesa grande y maciza, de madera de roble, muy cara, que Silvia y él habían comprado en una feria de antigüedades. Samara era una mujer gruesa y oscura de piel, de rasgos africanos, pelo muy negro y rizado. Debía de tener unos pocos años más que Diego; él no lo sabía ni tampoco le importaba. Tenía unas buenas tetas y un buen culo.

Aquel mediodía, mientras él se remetía la camisa en el pantalón y se abrochaba, Samara estaba lavándose los dientes. Seguía en el lavabo cuando él se sentó y, muy serio, le dijo:

—Samara, tenemos que hablar.

Y hablaron.

Diego le dijo que ya no podía seguir haciendo aquello y que si no le pagaba tendría que marcharse con su hijo a otro sitio.

—Lo siento mucho —añadió.

Diego se pasó una mano por la frente, dejó que sus ojos flotaran dispersos por los cuadros y las cortinas e intentó sonar los más afectado posible.

—Entiendo por lo que estás pasando —le dijo a Samara—, pero no creo que todo esto esté bien. Además, necesitamos el dinero en casa. No podemos pagar la hipoteca y el alquiler del piso. Tenemos muchos gastos y no llegamos a final de mes.

Le dijo esto y unas cuantas cosas más. Diego estuvo hablando durante casi cuarenta minutos seguidos. Le habló de Cáritas y de la Cruz Roja, de sus programas de ayudas a personas sin recursos,

de todo ese rollo de los comedores sociales que estaba seguro de que Samara ya conocía y le dijo que la vida a veces golpea muy duro pero que lo importante es saber levantarse y continuar. Intentó ser positivo, darle un poco de esperanza y todo eso.

Samara estaba sentada a su lado, escuchándole. Le interrumpió para decirle que esperara un momento. Él asintió y vio cómo se dirigía a la cocina, abría la nevera y extraía un estuche de la balda superior. Él también se fijó en su culo. Se dijo que era una pena y se encogió de hombros. Cuando regresó, Samara movió la silla de ruedas y la puso al lado de donde estaban sentados. Arremangó el brazo derecho de su hijo y abrió el estuche que había dejado en la mesa baja de cristal. Dentro había unos botecitos, también de cristal, algodones, un bote de alcohol y una jeringuilla. Samara le puso a su hijo una goma alrededor del brazo que estaba lleno de marcas y de pequeños moratones circulares. Retiró la cánula, clavó la aguja en la goma de uno de los botecitos de cristal y llenó el cuerpo de la jeringuilla con el líquido. Luego palpó una de las venas.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—¿El qué?

Diego observaba cómo le introducía la medicina al chico, cómo el émbolo bajaba lentamente y el líquido transparente se introducía en su vena hinchada.

—Antes de que te la chupara, digo.

Después de inyectarle, Samara retiró la aguja apretando con un trocito de algodón que había impregnado previamente en alcohol.

—No sé —respondió Diego—. Quería, no sé, que fuera como una despedida o algo así.

Samara torció la mandíbula. Sus labios eran gruesos y de un marrón canelo, igual que sus pezones.

—No sé dónde vamos a ir —dijo Samara—. No tengo a nadie.

—Claro —dijo él—. En el tercer mundo mueren niños todos los días y a mí también me duele eso, pero no puedo hacer otra cosa. Samara, si no puedes pagarme, entonces te tienes que ir o tendré que denunciarte y será peor. Si te vas, no tendrás que pagarme nada, ¿sabes?

—Claro —dijo ella.

Samara guardó la jeringuilla, el algodón, el alcohol y la aguja y cerró la cajita blanca. Fue hasta la nevera, la depositó en el mismo lugar y volvió a sentarse en el sofá frente a su hijo, junto a Diego. Entonces dijo:

—Yo no entiendo mucho de tecnología. —Le pasó una mano por el pelo al chico—. Dámela, cariño.

Levantó la mano que tenía casi escondida sobre el regazo y Diego pudo ver que sostenía algo cuadrado y metálico, de color gris, algo con una cosa circular delante.

—A mi exmarido le gustaba grabar peleas de gallos —dijo Samara—. Me pegaba y grababa peleas de gallos. Bebía —repitió—, grababa peleas de gallos y me daba palizas. Así, todos los días. —Le pasó una mano por la mejilla a su hijo, se reclinó y le besó en la frente—. Incluso cuando estaba embarazada lo hacía. Pero mi chico es listo. Sabe que mamá le cuida y hace todo lo que sea por él.

Samara se levantó con aquello en la mano y Diego siguió su cuerpo contoneándose hasta el televisor, una pequeña pantalla de LCD que él mismo había comprado de oferta. Samara lo encendió e introdujo algo en el lateral del marco.

—Pásame el mando a distancia, por favor —le pidió a Diego—. Está debajo de la mesa, junto a las revistas.

Diego lo encontró y se lo tendió a Samara. Entonces ella buscó el canal y navegó por las carpetas de la tarjeta. Seleccionó un archivo y, después de unos segundos, ella pulsó la pausa.

—Tengo unas cuantas tarjetas como ésta —le dijo Samara—. ¿Qué te parece?

Diego no podía apartar la vista de la pequeña pantalla plana. Aparecían franjas horizontales que ondulaban y la imagen parpadeaba. Todo el cuadro estaba ocupado por su culo, peludo y lleno de granos. Aparecía congelado y un poco desenfocado, pero era su culo. Y debajo estaba Samara abierta de piernas en el sofá en el que ahora estaba sentado. Sólo apartó los ojos cuando le llegó un silbido acompañado de una especie de cacareo afónico: el hijo de Samara, a través de sus dientes torcidos, de aquellos labios inflamados y sucios de baba reseca, se estaba riendo.